

cia, y fomentar una laudable emulacion entre los miembros de la Academia. Dotado de una circunspeccion poco comun, jamas se le vió aceptar, con la precipitacion del iluso, una idea nueva, un nuevo descubrimiento, por seductor que fuera, sin hacerlo ántes objeto de serias meditaciones; y por eso, de nadie puede decirse ménos que del malogrado compañero, cuya pérdida lamentamos, que fuese eco de opiniones ajenas, ni servil imitador de pomposos pensamientos.

Mas una vida tan laboriosa y por tanto tiempo prolongada, no podia correr impunemente; sobre todo, cuando en los últimos años se habian agrupado sucesos que, si pasan desapercibidos sobre las almas vulgares, produjeron en la fibra sensible de nuestro desgraciado amigo, ancha herida, que preparó la catástrofe desconsoladora que estamos presenciando. Sí, ya no existe, repetimos todos: sobre esa cabeza, asiento no ha mucho de tan profunda y variada instruccion, tiene fijada su residencia la muerte.

Cumple á nuestro deber, cumple á nuestra gratitud, elevar nuestras preces al cielo, desde donde nos está escuchando sin duda.

FERNANDO LEGUÍA.



EN LA MUERTE

DEL

SR. D. MANUEL CARPIO.

En el sacro recinto de las tumbas,
Dó no se atreve á penetrar cuitada
La horrible voz de la pasion menguada,
Ni la torpe lisonja que el torcido
Cuello al poder y á la riqueza humilla,
Mi lánguido gemido
Si no grande y sonoro,
Sí puro se alzaré bañado en lloro.

La musa de mi patria dolorida
Solloza y viste funerales galas,
Su frente inclina en la funesta losa,
Y triste plega las entrambas alas!

No con falso dolor el labio mio
Llega á turbar tu sepuleral reposo;
Que entusiasta mi espíritu sombrío
Siempre admiró tu genio poderoso.
Acoje, pues, mi dolorido llanto:
Vivo te respeté, muerto te canto!

Yo niño, sí, muy niño,
 Era cuando la fama
 Tu nombre me enseñó. Yo que la llama
 En mi fogoso corazón sentía
 De dulce inspiración, la vista mía
 Fijando ansioso en tus austeros cantos,
 Sentí nublarse en amorosos llantos.

Me estremecí mirando de Sodoma
 La horrible destrucción; de Abel la muerte
 El ánimo oprimía,
 Y la terrible suerte
 De Baltazar y de su corte impía.

De los Olivos en el monte triste
 Sentí crudos tormentos,
 Y más cuando tu núnmen soberano
 Me arrebatara al Gólgota sangriento.

¡Oh cantor inmortal! sagrada lira
 Puso en tus manos bondadoso el cielo:
 La ciencia bienhechora
 Con su divina luz bañó tu frente,
 Y tu Criador te dijo:
 "Dale salud al cuerpo que la implora;
 Dale consuelo al ánimo doliente:"

Y escuchaste su voz; virtud sagrada
 Tu generoso corazón regia,
 Oh! bendito mil veces quien del cielo
 Misión tan santa practicar debía!

Ah! si por un momento
 Entreatir puedes á la luz tus ojos,
 Goza al mirar en torno á tus despojos
 Como se agrupan la piedad, la ciencia
 Y la santa amistad. Todos llorando
 Tu nombre dicen y en tu losa riegan,
 Palmas, laurel y lágrimas y flores.

Mira en torno de tí, cuál sollozando
 Llega la juventud á quien mostrabas
 La senda del saber, y que llevabas
 Con firme planta á conquistar la gloria;
 Mírala suspirar puesta de hinojos,
 Díla que la guiarás desde tu altura,
 Y tras este consuelo
 Por siempre cierra los nublados ojos.

Más no voz de dolor, himnos de triunfo
 Nos pide la virtud; venid, amigos,
 Ayudad á mi voz, y verdes lauros
 Ornen la losa que el dolor circunda,
 Y en alas de la Fama
 Su nombre por el orbe se difunda!

Magnífico en Oriente
 Quiso el Criador se alzara en cada día
 El espléndido sol, y que su frente
 Al declinar la tarde,
 A hundirse fuera tras la mar hirviente:
 Tal tú, noble poeta,
 Modelo de virtud, faro de ciencia,
 Llegaste á tu zenit, nos alumbraste,
 Y tranquilo, al llegar de tu existencia
 Al refulgente ocaso,
 Magnífico y glorioso te ocultaste;
 Mas dejando un raudal de luz divina
 Que eternos tus laureles ilumina.

Así lo quiso Dios! no más quebranto
 Nuble los ojos, ni interrumpa el canto,
 Que ya rotos los grillos
 Mundanos que á la tierra te ligaran,
 Nuestro cristiano corazón presente,
 Gozando dulce y celestial consuelo,
 Que ya en el sacro y soberano cielo
 Alzas feliz la venerable frente!

México, Febrero 14 de 1860.

L. G. ORTIZ.

EN LA TUMBA

DE MI QUERIDO MAESTRO

El Sr. Dr. D. Manuel Carpio.

SONETO.

¿No veis esa mujer cándida y pura
Que en lecho funerario está tendida,
Y que ostenta en su faz descolorida
La fatal impresion de la amargura?

Era una madre: negra desventura
Le arrebató su prenda mas querida,
La que formó la dicha de su vida,
El hijo que adoraba con ternura.

Esa madre es la ciencia: su hijo amado
Es CARPIO el sabio, que descansa yerto:
Ella de pena sucumbió á su lado;

Yo á su tumba llegué con paso incierto,
Y esta verdad hallé desconsolado:
Murió la ciencia, porque CARPIO ha muerto.

México, Febrero 17 de 1860.

SIXTO VIEYRA.

ELEGIA.

EN LOS FUNERALES DE MI RESPETABLE MAESTRO

EL SR. D. MANUEL CARPIO.

Vale in æternum!

Al ausentarte para siempre un dia
De esta mansion de lloro,
¿Dónde, dónde dejaste el arpa de oro,
Cuya dulce armonía
Desatada en sentidas vibraciones,
El alma conmovia,
Llenándola de santas emociones?
Oh! si en mi amargo duelo
Pudiera yo pulsar esa arpa de oro,
No mi cantar mezquino,
Sí un cántico sonoro,
Tierno, digno de tí, te enviara al cielo,
Donde moras con Dios, ¡Cantor divino!

Hay despues de esta vida, donde abunda
El llanto y la miseria,
Otra vida mejor adonde el alma
En placeres purísimos se inunda;
Una mansion de sempiterna calma,
Que al hombre temerario
Que ingrato le ofendiera,
Dios mismo destinó cuando muriera
Clavado en una Cruz sobre el Calvario.

Allá habitando estás, allá te mira
De la fe con la luz iluminada
El alma consolada;
Y allá á las notas del celeste coro
Se unen las melodiosas de tu lira,
Y un cántico sonoro
Elévase de Dios en la presencia,
Que ensalza su poder y su clemencia.

Este dulce consuelo que dimana
De una creencia que la fe cristiana
Tan solo inspirar puede,
No impedirá que en la mansion del luto,
Delante de tus fúnebres despojos,
Al darte el postrer vale,
Derramen una lágrima mis ojos,
De amor y gratitud tierno tributo.

México, Febrero 17 de 1860.

JOSÉ MARÍA BANDERA.



EN LA MUERTE

DEL SR. DR.

D. MANUEL CARPIO.

No le plugo al Señor darme una lira
Para cantar su gloria y mi tormento:
Mi voz por eso al modularla expira;
Y me falta el aliento.
Pero hoy brota en mi alma un sentimiento
De gratitud, y mi dolor me inspira.

Cumple un deber mi corazón ardiente!
Por el que fuera un padre cuidadoso,
Maestro que animaba diligente
Al que cruza el sendero de la ciencia
Desierto y escabroso;
Por el poeta que gimió doliente
Las terribles desgracias de la patria.
Si no soy digno de entonar un canto,
Al ménos permitidme
Moje sus restos con mi acerbo llanto.

Llorad por el que fué leal amigo,
Sabio sin vanidad, noble poeta
Que halló en la religion calma y abrigo:
Yo al maestro que perdí lamento:
Ardiente juventud, llora conmigo.

Cuando acaso la duda, el desaliento,
 Nuestras pálidas frentes abatía,
 Y bogaba cansado el pensamiento
 En negros mares sin timon ni guía,
 Sobre la voz de tempestad bravía
 Ay! la suya escuchamos con anhelo,
 Y sus palabras que la fe dictaba,
 Pronto calmaron tan mortal desvelo;
 Que en medio nuestras dudas nos hablaba
 Del Hombre Dios que nos legara el cielo.

Oh! bendito mil veces el poeta,
 Que con su acento poderoso calma
 Nuestra mortal agitacion secreta!
 ¡Gloria al que consagrara su existencia
 A calmar del humano los dolores,
 Y evitar los abrojos de la ciencia
 Para mostrarnos solamente flores.

Hasta el último dia,
 Que se agitó, sufriendo sobre el mundo,
 Hasta el postrer instante
 De su última agonía,
 Ay! fué para nosotros el profundo
 Maestro que en medio de las sombras guía.

Acabó su mision, grande, sublime;
 Hundió la frente, y expiró su acento;
 Nada podemos, ay! solo á su nombre
 Consagremos un santo pensamiento.

Pertenece á la patria su memoria;
 Ella le da doliente
 Tumba á sus restos y á su nombre gloria:
 Yo, desgraciado, mísero, impotente,
 ¿Qué le daré, sino mi llanto ardiente?

Febrero 17 de 1860.

Luis PONCE.

EN LA MUERTE

DEL SR.

D. MANUEL CARPIO.

¡Ya murió el hombre! Como buitre hambriento
 Feroz lo asió la muerte, y despiadada,
 Sobre él el golpe descargó violento.

Está la frente helada,
 La frente que las musas adornaron
 Con amaranto y olorosas flores.

Los ojos dó brillaba
 El fuego que encendiera á los profetas,
 Para no abrirse más ya se cerraron,
 Y ya no late el corazon sencillo,
 Dó la virtud modesta se abrigaba.

¡Oh cuánto nos robó con mano aleve
 Cruel la muerte! ¡oh cuánto
 Ahora pierdes, triste patria mia,
 Perdiendo al hijo que te amaba tanto!
 El ensalzó tu nombre,
 El cantó tu beldad y tu grandeza,
 El puso en tu cabeza

La aureola de gloria,
 Que las cándidas sienes le ceñía,
 Y aumentó con sus rayos tu belleza.

¡Ya murió el hombre! Así perece el genio,
 Así la virtud pasa,
 Como la flor que deshojó el arado,
 Y solo la maldad con la ignorancia
 Impera por dó quier y eterna dura.
 ¡Murió el poeta ya! Como asombrado
 El mundo mira al Sol que á medio día
 Rápidamente su esplendor apaga,
 Así, al herirlo la segur impía
 De la muerte aciaga,
 En silencio profundo
 Y temor y tinieblas quedó el mundo.

¿Quién le reemplazará? ¿Cuándo ¡infelices!
 Volveremos á oír la voz sonora
 Que oyó absorta la tierra? ¿Qué profano
 Se atreverá á pulsar la lira acorde
 Que allá "en un tiempo, cuando Dios quería"
 Pulsara el vate con divina mano?
 ¡Oh cuánto, injusto el cielo
 Nos reserva de llanto y desconsuelo!

México, vuelve en tí; deja un instante
 El puñal acerado
 Que esgrimes ¡ay! contra tu propio seno
 Murió tu hijo ya! su immaculado
 Espíritu volvióse al Dios del bueno.
 Murió tu hijo amante,
 Y otros mil morirán ántes que nazca
 Quien te pueda elevar á mayor gloria.
 Llorá, llorá, infelice patria mia,
 Llorá al dulce poeta,
 Y eleva un monumento á su memoria.

Virgenes del Anáhuac, vuestras frentes
 Ceñid de helecho fúnebre: de luto
 Vestíos y, diligentes,
 Guirnaldas preparad de mirto y rosas.

Venid, vírgenes bellas;
 Los cánticos dolientes
 Entonad ya con voces armoniosas:
 En esa tumba humilde
 Derramad vuestro llanto,
 Y deponed ahí vuestras guirnaldas
 De yedras y amaranto y de violetas.
 Venid; templad las liras,
 Cantad al gran máestro,
 Cantad al padre, huérfanos poetas.

Duerme, poeta, duerme
 En tu envidiable lecho,
 Mientras se cansan de llorar los ojos,
 Mientras se cansa de gemir el pecho.
 Tú fuiste una avecilla, que pasando
 Por nuestros valles y elevados montes,
 Las alas recogiste
 Para gozar de la estacion primera:
 Con tu armoniosa voz nos conmoviste,
 Que natura te diera,
 Y al llegar el invierno,
 A los campos partiste
 Que adorna una perpetua primavera.

México, Febrero 14 de 1860.

JOSÉ FERNANDEZ.

